

Estraña espresion tomaron;
Palideció de improviso,
Dándole fuerte y convulso
El corazon un latido.

En su cámara lujosa
Don Alvar con voz sombría,
Aquella noche decia
A su bellissima esposa:

—«¿Qué amistad señora es esa
De la que el conde os habló
Cuando la sortija os dió?...
¿No me respondeis, condesa?

«Vos al conde conocíais;
Pero ¿porqué ¡vive Dios!
Tambien os turbásteis vos
Cuando al conde respondíais?»

—«¿Turbarme decís? no á fé;
Yo le conocí, es verdad,
Allá en la primera edad
Que en estos valles pasé.

«Desde entonces, hasta ahora
 Que no le he visto sabeis:
 Pero acaso dudareis...»
 —«¿Y sus colores, señora?

«Ya visteis que en su blason
 Un árbol seco lucia,
 Y que en el mote decia:
Tal está mi corazon.

«El verde triste y oscuro
 Que esmalta las hojas yertas,
 ¿De sus ilusiones muertas
 No es el emblema seguro?

«¿Y acaso no se alcanza
 Que sus perdidos amores
 Rueden como secas flores
 Del árbol de su esperanza?»

—«Bien puede ser:» la señora
 Con voz dulce contestó;
 «Mas su historia, no sé yo
 Qué os hace pensar ahora.

«¿Dudais de mi honor quizás?
 ¡Oh Don Alvar!... si así fuera
 Mi vida gustosa diera
 Porque no dudárais mas!»



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

CONSEJERIA DE CULTURA

—De ti no, Constanza mia;
Pero vi la turbacion
Con que imprudente, traicion
A sus secretos hacia.

«El dolor ó la tristeza
Veo en sus ojos pintados;
En sus ojos, que clavados
Siempre tiene en tu belleza.

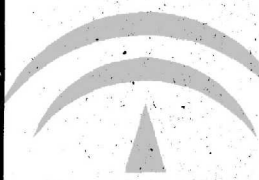
«¿No es fácil que aquel cariño
Que un tiempo te profesaba
Y que inocente guardaba
En su corazon de niño,

«Hoy ya con distinto nombre
Se alce mas fuerte que ayer
Dominando á su placer
En su corazon de hombre?»

—«¡No; no!»—«¡Don Juan desdichado
Si á locos sueños te arrojas!
¡Si anhelas volver sus hojas
A aquel árbol deshojado!...»

Tal dijo el conde, y salió;
Dió un golpe la rica puerta,
Y sola, abrumada, yerta,
Doña Constanza quedó.

VI.



¡Ay triste del que siente
La llama de los celos,
Alzarse allá en su alma
Turbando su razon!
¡Ay triste del que vive
Luchando en sus desvelos,
Sin que á vencer alcance
Su amante corazon!

¡Ay del que acoge incauto
Una sospecha impía,
Que crece y se agiganta
Con ímpetu cruel!
¡Ay del que amando muere
Y llora noche y dia,
Sin que un suspiro deba
Lanzar su pecho fiel!

¡Ay del que abriga celos,
 Que róbanle la calma!
 ¡Ay del que calla y sufre
 A solas su dolor!
 ¡Ay del que á horrible duda
 Entrada dió en su alma,
 ¡Y, ay del triste que siente
 Sin esperanza amor!...

Así sufriendo entrambos,
 Entrambos tambien callan,
 En lucha desmedida
 Con un eterno afán:
 Así en letal silencio
 Sin reposar batallan,
 Don Alvar con sus celos
 Y con su amor Don Juan.

¡Don Juan! que mas que nunca
 Enamorado, ardiente,
 Cede al impulso loco
 De su fatal pasion;
 Y entre recuerdos dulces
 Su enardecida mente,
 Exáltase forjando
 Un mundo de ilusion.



JUNTA DE ANDALUCÍA

la Alhambra y Generalife

COME/IA/CULTURA

Por eso repetía
La trova deliciosa
Cantada en otro tiempo
De bien, que huyó fugaz:
Y llora la edad bella
Que ya pasó dichosa,
Y llora la dulzura
De su pérdida paz.

Borrar en vano intenta,
Inquieto, delirante,
La imagen seductora
De la beldad gentil;
A cuyo influjo siente,
Pues que la adora amante,
Adormecerse el alma
Entre delirios mil.

¡Mas ay! que mientras sueña
En ciego desvario,
Hay otro que en sus ojos
Leyendo está su mal.
Y que sumida el alma
Tiene en pesar sombrío,
Sintiendo de los celos
El aguijon fatal.

Don Alvar, que confuso
Sorprende sus miradas,
Sus lánguidos suspiros,
Su desdichado amor;
Y luchan en su mente
Ideas encontradas,
Que encienden en su pecho
La saña y el rencor.

Por eso entrambos nobles
A odiarse presto llegan:
La dicha de Don Alvar
Envidiala Don Juan;
Y su soñada injuria
Tanto á Don Alvar ciega,
Que su despecho insano
Oculca apenas ya.

¡Ay del que abriga celos
Que róbanle la calma!

¡Ay del que calla y sufre
A solas su dolor!...

¡Ay del que á horrible duda
Entrada dió en su alma!

¡Y ay del triste que siente
Sin esperanza, amor!...



JUNTA DE ANDALUCIA

Comunicación de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Era un espléndido día;
El sol radiante doraba
Los campos de Andalucía,
Y el bullicio y la alegría
Por los montes comenzaba.

Del *Zuja* por las riberas,
Por los empinados cerros
Y por las verdes praderas,
Caza van dando á las fieras
Hombres, caballos y perros.

Y mientras los cazadores
La rés en el monte alcanzan
Que acechan los ojeadores,
En el viento los azores
Sobre las aves se lanzan.

Que si al noble caballero
Faltan contrarios y guerra
Donde ejercitar su acero,
Buscarlos sabe altanero
En el aire y en la tierra.

Por eso por las cañadas
Y por las hondas quebradas
Los cuernos suenan y voces,
Y tropeles y algaradas
De cazadores veloces.

Y las fieras, escondidas
En los bosques ignorados,
Abandonan sus guaridas
Bramando de furia, heridas
Por los dardos acerados.

El ciervo al monte se lanza,
A él se arroja el javalí
Sin aliento ni esperanza,
Hasta que la muerte alcanza
A manos de un hombre allí.

Y no existe mónstruo fiero
Ni ave sencilla, á quien guerra
No dé el osado montero,
Con el halcon ó el acero,
En el viento ó en la tierra.

Tales son las fiestas, pues,
Y la alegre montería
Que dá Don Alvar tal es,
A sus amigos, cortés,
A quienes honrar quería.

Que si todos le sirvieron,
Así á todos corresponde
Galan, si galantes fueron;
Y está entre los que vinieron
De Belalcazar el conde.

Mas falta el sol de la sierra;
La flor mas encantadora
Que en aquel valle se encierra,
Pues que la caza le aterra.
A la sensible señora.

Eso Don Alvar decia,
Su ausencia así disculpando;
Pero todo el que lo oia,
Malicioso* sonreia
De su certeza dudando.

El conde que no le oyó,
Por la hermosa castellana
A su esposo preguntó:
Aqueste se dirigió
Hácia una selva cercana;

Y,—«para bien contestar
A lo que anhélais saber,
Venid Don Juan al pinar,
Pues que de honor al tratar
Solos por Dios ha de ser.»

Dijo con voz alterada.
Don Juan, sus pasos siguió,
Y en una selva apartada
De viejos pinos formada,
Tras de Don Alvar entró.

Largo tiempo razonaron,
Empero ninguno oír
Pudo lo que allí trataron,
Y como no lo escucharon
Yo no lo puedo inferir.

Alto conversando están;
Mas que dicen solo sé,
Cuando las manos se dán:
—«Hasta mañana Don Juan.»
—«Don Alvar, no faltaré.»

Momento despues, salió
Don Juan, que fuera de sí.
En su caballo montó,
Y colérico de allí
A trote largo partió.

Iba declinando el día;
El sol que ya se ocultaba
Los altos montes teñía,
Y en sombra el valle yacía
Que la luna plateaba.

Aun ilumina el otero
La ya moribunda luz,
Y á su castillo severo
Se dirige el caballero
Sobre un caballo andaluz.

Y en su angustioso pesar
Hijo de celos y amor,
Siente su alma desgarrar,
Pues que ella le manda amar
Y se lo veda el honor.

Así, no cuida de nada
De cuanto allí le rodea;
Ya está la noche cerrada,
Y él prosigue su jornada
Sumergido en una idea.

De repente, un vago son
Llegado en alas del viento
Resuena en su corazón;
Que tocan á la oración
Las campanas del convento.

Detiéndose el conde y reza
Los ojos tristes alzando,
Destocada la cabeza;
Y á pensar con calma empieza,
En lo que viene pensando.

Que á un crimen le arrastra vé,
Quizás su propia razón;
Aunque necesario fué
Aceptar; pero con fé,
Vuelve á Dios su corazón.

Quando interrumpiendo osado
La oracion que al cielo ofrece,
Un hombre mal ataviado,
Alto, moreno, tostado,
Ante Don Juan aparece.

—«Hablaros, buen conde, quiero.»
Dijo; y él le respondió:
—«En mi castillo os espero.»
Siguió andando el caballero
Y el hombre detrás siguió.

Llegaron al recio puente,
Cayó el pesado rastrillo,
Pasó el mancebo impaciente
Y tras él osadamente
Subió el villano al castillo.

- «Habládme, pues, ¿qué quereis?»
 —«Os hablaré, caballero,
 Cuando á solas os quedeis.»
 —«¿A solas?»—«¿Quizás temeis?»
 —«¡Mal me conoces, pechero!...»

Luces dos pages éntraron
 En lámparas de metal;
 Los pages se retiraron,
 Y solos ambos quedaron
 En la cámara condal.

- «Y bien; hablar ya podeis.»
 Dijo; y él le respondió
 Con lúgubre voz:—«¿qué haceis?
 ¿Os arrepentís?... ¿no veis?...»
 —«¿De qué me arrepiento yo?»

—«¿No anhelaís acaso dar
 La muerte á quien la alegría
 Os supo aleve arrancar,
 Haciéndoos, conde, llorar
 Vuestros celos noche y día?

«Nadie el duelo ha de saber;
 Yo os presto, Don Juan, mi ayuda,
 ¡Ah! ¿no llegais á entrever
 Que vuestra esposa ha de ser
 De Don Alvar la viuda?»

—«¿Quién eres? hombre ó vision
 Que penetras los intentos
 Que abriga mi corazon?
 ¿Cómo infernal ilusion
 Leer puedes mis pensamientos?»

—«Eso no te importa, conde;
 Sé todo lo que en tu mente
 Y en tu corazon se esconde;
 A mi demanda responde:
 Lo que tu valor intente;

Protegerá mi poder,
 Calmando tu ardiente afan;
 Daréte gloria, placer...»

—«Mas no alcanzo á comprender...»
 —«Veréislo agora Don Juan.»

Dijo: y las luces con furor matando, (2)
 Siniestro rayo de sus ojos lanza,
 Que en el oculto camarín brillando
 A disipar la oscuridad alcanza.

Dió un grito el caballero de pavura;
 Mas las palabras fascinado oia,
 Con que un mundo de bien y de ventura,
 De amores y de triunfos le ofrecia,

Presentándole en mágicas visiones
Los ensueños de dicha y bienandanza,
Las brillantes y ricas ilusiones
De sus días de paz y de esperanza.

Y de quimera en plácida quimera
Se lanzaba su loca fantasía,
Mientras que lucha despiadada y fiera
Entre opuestas pasiones sostenía.

Mas venció el bien: de su estupor saliendo.

—«Tentador, huye:» confundido exclama:

Y hacia Dios el espíritu volviendo

Cuyo poder en su defensa llama,

Firme resiste su halagüeño encanto;

Firme su saña; su amenaza impia;

En los pliegues se envuelve de su manto

Donde la cruz de Alcántara lucia;

Y ante la enseña que ostentó sagrada,

Dió aquel hombre tan lúgubre gemido

Y le lanzó tan infernal mirada,

Que del mancebo se turbó el sentido.

Un momento despues vuelto á la vida

A solas en su cámara encontróse;

Que ya la horrible aparicion rendida,

Como niebla en el viento disipóse.

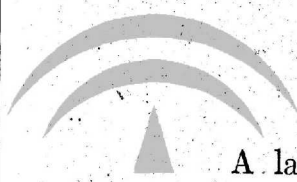
Huir entonces los enojos
 De su corazon sintió;
 Se humedecieron sus ojos,
 Y ante una imagen, de hinojos
 Humildemente cayó.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

VII.



A la mañana siguiente
Cuando la aurora brillaba
Y el rojo sol levantaba
Tras de los montes su frente,

Dos hidalgos caballeros
A los que dieran por tales
Sus aposturas marciales
Y el crugir de los aceros,

El verde olivar cruzaron
Ligeros y silenciosos,
Y entre los pinos frondosos
De una selva se internaron.

—«De aquí no pasemos ya:»
 Dijo uno con voz de trueno;
 Y el otro de calma lleno,
 Respondióle:—«Bien está.»

—«Tirad, Don Juan, de la espada,
 Y acabemos de una vez:»
 Prorumpió con altivez
 Ya la faz desembozada

Don Alvar, que de mal grado
 La cólera reprimia,
 Cuando á saciarla corría
 Impaciente y despechado.

Y con semblante altanero
 En guardia se colocó,
 Y decidido exclamó:
 —«Acometed; que os espero.»

—«Nunca; nunca; fuera en vano;
 (Huid, pensamientos impios,
 Cual huyen los odios míos):
 Esta es Don Alvar mi mano.»

Y prosternado Don Juan,
 Al suelo arrojó su espada:
 En él clavó una mirada
 Don Alvar lleno de afán;

Y así un instante pasaron
En silencio reflexivo,
Y uno triste y otro altivo,
Tal diálogo entablaron.

—«¿Qué hicisteis, Don Juan?»—«Señor
Comprenderlo no podeis.»

—«Esplicármelo debeis.»

—«No lo exijais por favor.»

—«Alzad, Don Juan, ese acero,
Y cual buenos cancluyamos.»

—«Imposible es que midamos
Nuestras armas, caballero.»

—«Don Juan me admirais á fé;

Y si otro que vos lo hiciera,
Que tuvo miedo dijera

Quien nunca vencido fué.»

—«Y si otro conde, que vos
Cobarde á mi me llamara,
Lengua y vida le arrancára,
Por no oirlo, ¡vive Dios!...»

—«Reñid pues; ¿porqué dudais?

¿No sabeis ya, por los cielos
Que tengo en el alma celos,
Celos que vos inspirais?

«¿Y que cuando el pecho arde
Con este anhelo profundo,
No hay imposible en el mundo
Que su venganza retarde?»

—«Celos tengo también yo;
¿Vos, Don Alvar, ignorais
Cuando cobarde llamais
A aquel que nunca temió,

«Que menos valiente fuera
Si me arrancara la vida,
Pues aquesta lid reñida
Conmigo no sostuviera?

—«Pero...»—«Lid horrenda; sí;
Y escuchad, señor, en calma,
Pues voy á abriros mi alma,
Cual nunca á nadie la abrí.

«Yo amé con loca pasión
A vuestra cándida esposa,
Y aun de su imagen hermosa
Lleno está mi corazón.»

—«¿Y, osais decir?...»—«Yo la amé
Con ese casto cariño,
Con que en otro tiempo, aun niño,
Mi alma pura le entregué.

«Pasó mi infancia querida;
Pero nunca se borró
Su memoria, que quedó
Con mi esencia confundida.

«Quizás un tiempo existiera
Ese recuerdo dormido;
Quizás yo propio he creído,
Que muerte su sueño fuera.

«Pero llegó á despertar,
Y, ¡ay! al despertar halló
Que entre nosotros alzó
La desventura un altar.

«Entonces, conde, luché;
Y de mi amor á despecho,
Quise arrancar de mi pecho
La imágen que tanto amé.

«Y aunque olvidar la debía,
Y aunque intentase olvidar la,
Me era tan dulce el amarla,
Que amarla siempre quería.

«Por harto tiempo invoqué
La virtud y la razon;
Mas al fin á mi ilusión
Ciegamente me entregué.

«Vos leísteis en mis ojos
El afán que me afligía;
Perdisteis vuestra alegría;
Sentísteis celos y enojos:

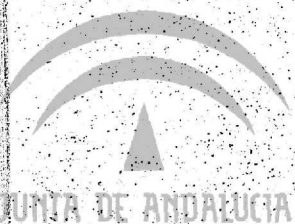
«Yo, envidiaba la ventura
Que os depararon los cielos;
Cada día vuestros celos
Crecían cual mi locura,

«Y por eso nos odiamos
Don Alvar; por eso ayer,
Tras de tanto padecer,
A morir nos provocamos.

«Y hoy mismo con saña impía
Vengarnos quisimos fieros,
Manchando nuestros aceros
Con vuestra sangre ó la mía.»

—«Eso mismo anhelo yo;
Si ofenderme confesais
¿Porqué, decidme, dudais?
¿No quereis batiros?»—«No:

«Y aunque sonrojo cual veis
Me cueste, debo deciros,
Que solo vine á pedirós
Conde... que me perdoneis.»



—«¿Que os perdone?...»—«No creais
Que miedo á la muerte guarde;
Si me teneis por cobarde,
Juro á Dios que os engañais.

«Pues para dar este paso
Que no me dicta el temor,
Es menester mas valor
Del que imaginais acaso.»

—«¿Creeros cobarde? no tal;
Que siempre os tuve igualmente,
Por hidalgo y por valiente,
Aunque fuérais mi rival.»

—«Y si hoy veis mi digna espada
A vuestras plantas rendida
Cual no la tuve en mi vida
Ni por nadie ni por nada,

«Si el perdon apetecido
Os ruego con insistencia,
Para calmar mi conciencia
Hago aquello, y esto pido.»

Un momento pavoroso
A esta respuesta siguió:
Don Alvar lo contempló
Sorprendido y silencioso;

Mas su espada envaina luego
Clamando:—«Vivid en calma;
Pues es muy noble esa alma
Que hoy admiro, si odié ciego.

«Y plegue al cielo piadoso
Que ese delirio olvideis,
Asi en la tierra hallareis
Ventura, paz y reposo.»

—«Ya mi esperanza ha pasado
De este mundo; quiera Dios,
Que seais tan dichoso vos
Como yo desventurado.»

Y las manos se tendieron
Un juramento al hacer,
Y el rencor desaparecer,
Entrambos nobles sintieron.

Algunas frases cambiaron,
Dejaron la selva umbria,
Y la vereda que guia
A sus castillos tomaron.

Pocos días trascurridos,
Ante su puerta se hallaban
Constanza y Alvar, que estaban
A partir apercebidos.

Y literas y corceles
Do quiera se disponian,
Doquier iban y venian
Pages, dueñas y donceles.

Pero todos ignoraban
Porqué partir han dispuesto;
Porqué á la corte tan presto
Los señores se tornaban.

Constanza llora al perder
Otra vez su hermosa tierra,
Al abandonar la sierra
Do acaso no ha de volver.

Mas los instantes pasaron,
Y condes, dueñas, donceles,
De aquellos ricos vergeles
Para siempre se alejaron.

Y cuando tal sucediera,
De Don Juan no se sabia;
Ni adivinarse podia
A dónde partido hubiera.


Mil comentarios se hicieron,
Pero nada averiguaron;
Mil historias se inventaron
Que por la villa corrieron.

En la aldea y el alcazar,
Hallarlo, en vano han querido,
Y nadie sabe qué ha sido
Del conde de Belalcazar.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

VIII.



Era una noche límpida y serena;
La blanca luna en el cenit brillaba,
Y tristemente los dormidos campos
Con sus rayos purísimos bañara.

Todo es silencio, soledad, reposo;
Todo en la sierra deliciosa calla;
Solo se escucha al ruseñor doliente,
Que allá en la selva sus amores canta.

Solo se escucha el murmurar suave
De algun arroyo que su linfa arrastra;
Solo se escuchan los amantes besos
Con que á las flores acaricia el aura,

¡Dulce silencio que á pensar convida!
¡Noche tranquila de apacible calma!
¿Quién al mirar tu luna y tus estrellas,
A otro mundo su espíritu no lanza?

¿Quién no percibe en tu misterio escrita
La escelsitud del Hacedor sagrada?
¿Quién ¡oh noche feliz! bajo tu imperio
Su poderosa magestad no aclama?

Sí, todo duerme; y á la orilla amena
De una sonora virginal cascada,
Allá en un valle que formó natura
En el seno feráz de la montaña,

Donde el naranjo y limonero crecen,
Donde las flores su perfume exhalan,
Imponentes, severos, misteriosos,
De un convento los muros se levantan.

Tras ellos, verdinegros y sombríos
De los cipreses álzanse las ramas,
Y blanca cruz ante su puerta vese
Al tibio rayo de la luna clara.

¡Un monasterio! plácido retiro
Del santo amor y de la paz morada;
Místico puerto de quietud sublime,
Que sobre el mar de la razon se alza.

Isla feliz de celestial refugio,
Desde la cual en éxtasis el alma
Hasta el cielo purísimo se eleva,
De la divina inspiración en alas.

Del mundo los intensos huracanes,
Sus revueltas y turbias oleadas,
Entre los brazos de esa cruz se estrellan;
Ante esos muros su furor quebrantan.

Así la roca á cuya planta rugé
Del poderoso Atlántico la saña,
Hacia los cielos su serena frente
Firme y constante con valor levanta.

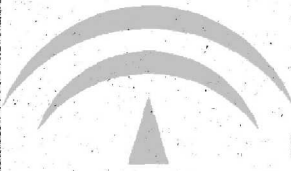
¡Siglo faláz, en que vivir nos cupo,
Que de la luz y del saber te llamas!
¡Siglo que marchas entre turba inmensa
De progresos, de errores y borrascas!

¡Siglo orgulloso que olvidar pretendes
Del Sumo Dios la omnipotencia santa,
Y ante el becerro misero de oro
Muestras cobarde la cerviz dóblada!

¡Porqué destruyes el asilo sacro
Que la inocencia y el dolor buscaran?
¡Porqué al lanzar tus victoriosos gritos
Ruedan del templo las divinas aras?

¡No sabes ¡ay! que entre el tumulto loco
De pasiones que chocan encontradas,
Entre el fatal positivismo frio
Con que tu propio corazon desgarras,

Hay almas puras do la fé se anida,
Y almas acaso de luchar cansadas
Que un puerto buscan do la paz impere,
De la virtud y la oracion morada!



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONFEDERACIÓN DE CULTURA
Siempre las hubo; y en la clara noche
Transparente y azul de que os hablaba,
Cuando el incienso aun humear se via
En la iglesia que hoy yace abandonada,

Un caballero que por tal le abonan
Su espuela de oro, su presencia hidalga,
Al monasterio se encamina oculto
Bajo los pliegues de su lengua capa.

Solo y á pié camina el caballero;
Y con su corazon quizás batalla,
Que alguna vez las húmedas pupilas
Al firmamento con dolor alzara.

Mas ansioso las fija en el convento
Que distingue á través de la enramada,
Y hácia él dirige sus inciertos pasos,
Que allí moran su bien y su esperanza..

No de otra suerte náufrago que lucha
De la mar con las ondas encrespadas,
Los ojos fija en el amigo faro
Que le muestra su luz hospitalaria.

Ya cerca está; y el apacible coro
Que severo los monges entonaban;
Y el acento del órgano sublime,
Y de aquel sitio la solemne calma,

Son sacrosanto, celestial rocío,
Bálsamo misterioso que templara
Los males todos que su pecho oprimen;
Las luchas todas, de su pobre alma.

Su cabeza descubre con respeto:
Póstrase humilde ante la cruz sagrada,
Que entre sus brazos con fervor estrecha,
Y cuya piedra con su llanto baña...

Hasta que al fin, suaves en el viento
Las salmodias y el órgano se apagan;
Hasta que turban el silencio solo,
Las brisas de la noche perfumadas.

Entonces, levantándose el hidalgo,
Dos golpes diera con la fuerte aldaba
Del convento en la puerta, que muy pronto
Cuando su nombre oyeron, tuvo franca.

Mas aun sus pasos con pavor detiene;
Aun dirige tristísima mirada
Hácia el cerrillo donde ostenta oscuras
Sus antiguas almenas un alcázar...

Y su adios dando postrimer al mundo,
Con un suspiro que su pecho exhala,
Un suspiro que acaso llevarian
Hasta el castillo las errantes auras,

Cruza el dintel del monasterio santo;
Bajo sus arcos silencioso pasa,
Y en los claustros larguísimos se pierde
El confuso rumor de sus pisadas.

Ráudo pasara el tiempo; de la sierra
Entre los limoneros y espadañas,
Pobres ermitas de virtud asilo
En los montes agrestes se elevaban:

Y un monasterio de severa mole
En medio de ellos poderoso se alza
Que á la Virgen purísima invocando,
Convento de los Angeles se llama.

Y quien esos pacíficos albergues
Con su piedad y con su fé levanta,
Es un pobre y modesto Franciscano
Que egemplares virtudes practicara.

Un religioso en cuya frente brilla
La paz dichosa que inundó su alma;
Un religioso de humildad modelo,
Que bendicen doquier y doquier aman.

En los lugares do brilló orgulloso
El gallardo señor de Belalcazar,
Do el altivo Don Juan envidia diera
A los nobles de toda la comarca,

Ahora vése al austero cenobita
Que plebeyos y grandes admirarari,
Que al desvalido, con amor socorre,
Que al pobre enfermo cariñoso ampara:

Que las familias desunidas, une
Con el dulce fervor de sus palabras;
Que es un tipo evangélico y sublime,
De mansedumbre y caridad cristiana.


Así todos descubren sus cabezas
Si por el pueblo que le admira pasa;
Así todos el nombre respetable
De *Fray Juan de la Puebla* veneraban.



JUNTA DE ANDALUCIA


P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

EPÍLOGO.



Algunos años mas tarde,
Las campanas de la iglesia
De aquel monasterio santo
Que alzó Fray Juan en la sierra,
Con melancólico acento
Que por los aires resuena,
Por un sacerdote doblan,
Y por su descanso ruegan.
El pueblo de Belecazar
Al templo triste se acerca,
En cuyo centro sombrío
Un catafalco se eleva.
Y en él, el cadáver yerto
Del Franciscano contempla,
Que el bien practicó en el mundo,
Y de Dios al seno vuela.

Llora ante el altar el pueblo,
Los monges gimen y rezan,
Bajo las bóvedas altas
Grave el órgano resuena,
Y aquellas voces unidas,
Aquellas plegarias tiernas,
De Dios al escelso trono
Los ángeles puros llevan.




De un escudero seguida,
Por largo velo cubierta,
En el contristado templo
Una señora penetra.
Negro es su traje y sencillo;
Sus tocas también son negras;
Su porte magestuoso,
Nobles sus formas y bellas.
Pero en su rostro se advierten
Los surcos que hacen las penas,
Y en sus cabellos, acaso,
Hay de plata algunas hebras.
Con paso lento, la dama
Hasta el túmulo se acerca;
En él sus miradas fija,
Ahoga un grito de sorpresa,

Y de rodillas cayendo,
Confusa, abrumada queda,
Otro tiempo recordando
De ventura y de inocencia.

Era Constanza; Constanza,
Que sola y viuda, anhela
Terminar sus tristes días
En los montes do naciera.
Allí, en su viejo castillo
Con sus memorias se encierra,
Siendo cual antes el ángel
De las montañas aquellas.
Y todas las tardes, cuando
Se oculta el sol tras las crestas
De los altísimos picos
Y aparecen las estrellas;
Cuando á la oracion convoca
La campana de la iglesia
Y los cansados labriegos
Tornan del campo á la aldea,
Llega al convento la dama;
Y ante una cruz de madera
Que en el pobre cementerio
De los Franciscos se eleva,

Llora ante el altar el pueblo,
Los monges gimen y rezan,
Bajo las bóvedas altas
Grave el órgano resuena,
Y aquellas voces unidas,
Aquellas plegarias tiernas,
De Dios al escelso trono
Los ángeles puros llevan.



De un escudero seguida,
Por largo velo cubierta,
En el contristado templo
Una señora penetra.
Negro es su traje y sencillo;
Sus tocas también son negras;
Su porte magestuoso,
Nobles sus formas y bellas.
Pero en su rostro se advierten
Los surcos que hacen las penas,
Y en sus cabellos, acaso,
Hay de plata algunas hebras.
Con paso lento, la dama
Hasta el túmulo se acerca;
En él sus miradas fija,
Ahoga un grito de sorpresa,

Y de rodillas cayendo,
Confusa, abrumada queda,
Otro tiempo recordando
De ventura y de inocencia.

Era Constanza; Constanza,
Que sola y viuda, anhela
Terminar sus tristes dias
En los montes do naciera.
Allí, en su viejo castillo
Con sus memorias se encierra,
Siendo cual antes el ángel
De las montañas aquellas.
Y todas las tardes, cuando
Se oculta el sol tras las crestas
De los altísimos picos
Y aparecen las estrellas;
Cuando á la oracion convoca
La campana de la iglesia
Y los cansados labriegos
Tornan del campo á la aldea,
Llega al convento la dama;
Y ante una cruz de madera
Que en el pobre cementerio
De los Franciscos se eleva,

Sobre una losa sencilla
Que dos cipreses sombrean
Y en cuyas orillas crecen
Verdes campesinas yerbas,
Prostérnase reverente;
Férvida oracion eleva;
Algunas flores enlaza
Sobre la cruz de madera,
Y puras lágrimas vierte
Con las que las flores riega;
Con las que riega la tumba
Del padre Juan de la Puebla.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCIA

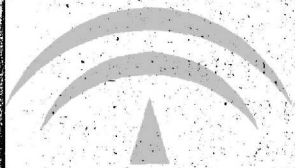
LAS LÁGRIMAS DE LA MORA.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
TRADICION FANTÁSTICA.

INTRODUCCION.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

¡Bosques de Alhambra! bellos jardines,
En donde mora la inspiracion;
En donde trinan los colorines,
Y las alondras y el ruiñeñor.

Donde murmura límpida fuente,
Donde suspira brisa fugáz;
Donde la luna lánguidamente,
Vierte en la noche su claridad.

Dad á mi arpa blanda armonia
Cual la que fingen céfiro y flor;
Y que acompañe la lira mia,
Rancias consejas, cuentos de amor.

Y que mas dulce sea mi canto,
Que la balada de hermosa huri.
Y que de amores el tierno llanto,
Que hada celeste vierte gentil.

Mas grato que á las flores,
Es el rocío;
Mas que el murmurio ténue
De manso rio;
Y mas que el viento,
Que entre palmeras gime
Con vago acento.

Para que escuchen hoy los mortales
La historia triste de triste amor,
De una princesa canto los males,
Que los festines de Alhambra ornó.

Es una historia pura
Cándida y bella,
Como la luz suave
De clara estrella;
Cual la armonia,
Con que la verde selva
Saluda al dia.

Vén almo espíritu de blancas alas;
Haz que levante tierna cancion;
Tú que entre nubes ledo resbalas,
Tú que inflamaste mi inspiracion!...

Y arrancando á mi guzla
Plácidos sonos,
Dando á tu nombre fama
Con mis canciones,
¡Ay pobre mora,
Tú mi musa serias;
Yo tu cantora!...


Flébil recuerdo que el alma inspira;
Vagas imágenes, á mí llegad;
Mágicos génios, templad mi lira...
En torno mio, sombras, volad!...

El Monumento de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

I.

LA TORRE DE LAS INFANTAS.



Alhambra divina
Velada entre flores;
Morada de amores,
Eden terrenal;
Bendito el monarca
De noble memoria,
Que alzó en tí su gloria:
¡Bendito Alhamar!

Son mas que la palma,
Tus arcos, gentiles;
Tus gratos pensiles
Vergel de ilusion.
Tus muros, encages:
Tus grecas graciosas,
Leyendas piadosas
Dulcísimas son.

¡Mas ay! las edades
Confusas pasando,
Te van arrancando
Tu gloria sin par;
Y un genio de muerte
Cerniendo sus alas,
Desiertas tus salas
Dejara al pasar.

Empero conservas
Recuerdos suaves;
Aun cantan tus aves
Alegres doquier.
Aun entre tus ricas
Columnas preciadas,
Inspiran las hadas
Tranquilo placer.

Levanta su vuelo, mi musa atrevida;
Traspasa centurias, valiente y audaz;
Beldades y reyes devuelve á la vida,
Y torna en bullicio lo que es soledad.




JUNTA DE ANDALUCIA

P. Museo de la Alhambra y Generalife
COMISIÓN DE CULTURA

De Alhambra á una torre se lanza mi mente,
Que cárcel de infantas há siglos que fué;
Y génio impalpable de fúlgida frente
Me cuenta un misterio de amor y de fé.


Y yo cantar quiero la antigua belleza,
Que el tiempo á la torre liviano robó;
A par de la historia de vaga tristeza
De tierna hermosura que en ella lloró.



¡Oh torre dichosa
Deleite del moro!
Cubiertos de oro
Tus techos estan;
Blanquísimo marmol
Tapiza tu estancia,
Y grata fragancia
Las selvas te dán.

En tí de comares
La sala se ostenta,
Que cubre opulenta
Y persa labor.
De Alláh, sus leyendas
El nombre bendicen:
Sus versos nos dicen
«*Dios es vencedor*» (1)

En medio, de jaspe
Se eleva una fuente,
Do corre luciente
Gracioso cristal:
Tal es esta torre,
Prision de una infanta,
Que mágica canta
Mi lira ideal.



De aqueste encierro en camarín oculto.
Que alicatados árabes decoran;
Que ricos pebeteros embalsaman
Y que tapiza berberisca alfombra,

Donde esmaltados alhamíes véense;
Donde gime la fuente bullidora;
Donde brocados del Oriente lucen;
Donde vierten las flores sus aromas,

Tras sus calados alfeizáres bellos
Se hallaban una tarde tres hermosas,
De un Rey anciano de Granada hijas;
Flores del Dáuro, de la Alhambra joyas.

Una se nombra, Karabé-Zoraida;
Sus dos hermanas, Zorabaida y Zora:
Tal vez envidia á las huries dieran,
Que del Profeta los pensiles ornan.

Zoraida y Zora, sobre blandos lechos
Lirios enlazan con fragantes rosas,
Que guirnaldas bellisimas formando
Sobre sus sienes cándidas colocan.

Y Zorabaida de morisca guzla
Pulsa las cuerdas, en cancion sonora
Exhalando dulcísima plegaria
Que los ecos repiten misteriosa.

Acerbo llanto las princesas vierten;
Y aquel silencio interrumpiendo Zora,
—«¡Ay! dijo al fin, ¡nuestra fatal estrella
Cuándo el Profeta tornará piadosa!...»

Al escucharla, Zorabaida triste
Interrumpió la cántiga que entona;
De sus ojos dos lágrimas rodaron,
Y exclamó suspirando:—«Nunca... Zora...

Pluguiera á Alláh que nobles de Castilla
Jamás pisaran nuestra tierra hermosa,
Y en paz latieran los sencillos pechos
De las que gimen sin descanso ahora.

Pluguíerale que nunca sus querellas,
Suavísimas llegaran á nosotras;
Pluguíerale que nunca en nuestras almas,
Amor prendiera su abrasada antorcha!...

¡Oh!... ¿recordais hermanas aquel dia
Que entre un tropel de nuestra gente mora,
Tres cáuticos cristianos caminaban
Altas las frentes, fúlgidas las cotas?

¿Sus aposturas recordais altivas?
¿Qué mal cuadraban las prisiones toscas,
Con la blancura de sus ricos mantos,
Y de sus pechos con las cruces rojas!...

¿Igual nobleza por acaso visteis?»
—«Ah! no: repuso con tristeza Zora;
Y ya tambien en la vecina torre
Hácia Castilla sus miradas tornan.

Lloremos, pues, nuestra esperanza muerta...
De lágrimas vivamos y memorias...
Alláh lo quiere:» Suspirando dijo,
Y abismada quedó la pobre mora.

—«En Dios fíemos:» Respondió Zoraida:
«Escucha hermana, y esperanza cobra.»
—«¿Cómo esperanza cuando padre airado
Régia prision, severo nos otorga?»

—«Oye Zora tambien; siento en la noche
Tres voces inspiradas, amorosas,
Que entonando dulcísimos romances,
Su mal lamentan en sentida trova.»

—«¿De qué nos sirve, Zorabaida dijo,
De qué nos sirven ilusiones locas,
Si son cautivos cual cautivas somos?
¿Si nos separa suerte rigurosa?»

—«¡Fatal estrella nuestros pasos guia!»
—«¡Estaba escrito!...» murmuraron todas:
Y alivio para dar á sus dolores,
La blanca luna por Oriente asoma...

CONSEJERÍA DE CULTURA

Amor que nació en ellas
 De solo una mirada;
 Despues chispa abrasada,
 Sus pechos penetró:
 Chispa, que el infortunio
 Volcan tornó muy luego,
 Que con terrible fuego
 Sus almas inundó.

¡Oh Dios!... tras las quimeras
 Que túrbane la calma,
 ¿Porqué del hombre el alma
 Se agita con afan?
 Si acaso el imposible
 A su ambicion opones,
 Sus férvidas pasiones
 ¿Porqué se acrecen mas?

¿Porqué si al fin obtiene
 Lo que anhelara tanto
 Perdido ya su encanto
 Con amargura vé;
 Y otra ilusion se forja
 Y con ardor se lanza
 En pos de otra esperanza,
 Que venturosa créee?



JUNTA DE ANDALUCIA

¡Oh sí! que ansiando siempre
Y marchitando flores,
Se pasa entre dolores
La vida del mortal!
Y es ¡ay! que esa esperanza
Que el cielo le concede,
Tan solo saciar puede
En mundos mas allá.

En pos del imposible
Las tres por eso amaban,
A los que odiar mandaban
Su patria y religion;
Y á par de las princesas
Entre delirios vanos,
Soñaban los cristianos
Con su imposible amor.

Todas las noches, cuando
Triste silencio impera,
Y desde su alta esfera
Vierten los astros luz,
Escúchase sentida
Grata canción de España,
Que lánguido acompaña
Suavísimo laud.

No era ilusión; ¡la trova
 El eco repetía; ¡un día
 De la prisión salía
 De los cristianos; ¡sí: ¡oh!
 Ellos, su amor juraban; ¡oh!
 Las moras escuchaban, ¡oh!
 Y así corría el tiempo; ¡oh!
 Entre esperanzas mil ¡oh!

Era una noche pura; ¡oh!
 Velaban las doncellas; ¡oh!
 Cuando llegó hasta ellas
 Objeto singular; ¡oh!
 Un dardo, ¡y en su punta
 Unidos y clavados; ¡oh!
 Tres pliegos enrollados
 Pudieron divisar; ¡oh!

Los cogen las princesas;
 Y con pavor temblando
 El suyo desdoblando
 Cada una contempló.
 Mas Zorabaida triste
 Sus ayes comprimiendo
 Y en alta voz diciendo
 El suyo así leyó:



JUNTA DE ANDALUCÍA

«Si es cierto bella, moriré
 Que me amas; cuál te amo,
 Acude á mi reclamo;
 Oh! ven hermosa; que te espero aquí.
 Ya vino mi rescate; y
 Partir es ya preciso;
 Ven, flor del Paraíso,
 Que te aguardo á la orilla del Genil.

Ganado está; fun esclavo;
 Hasta tu mismo muro,
 Yo llegaré seguro
 En alas, sí, de mi constante amor:
 Una escala suspende
 De tu árabe ventana,
 Y llegaré mi Sultana,
 Y temple tu belleza á mi dolor.

Al carcelero burlaste y
 Que tu beldad encierra;
 Te llevaré á una tierra
 Do gozaremos de ventura y paz:
 Ven, que el amor te llame;
 Vuela querida mía;
 Y al despuntar el día,
 Muy lejos de tu cárcel te hallarás»

Palabras semejantes
 En su sentido á aquesas,
 Las otras dos princesas
 Leyeron con placer;
 Y Zorabaida entonces,
 Aun triste suspiraba;
 Acaso presagiaba
 Su acerbo padecer!

En ricos alhamies
 Las dos se reclinaron,
 Donde quizá soñaron
 Sueños de amor y paz.
 En vela Zorabaida
 Pasó la noche oscura,
 Cual pálida escultura
 Clavada al alfeizár!

Y allá en su acalorada
 Errante fantasía,
 Un mundo entreveía
 De plácida ilusión.
 ¡Partir!... ¡partir!... clamando,
 Su mente deliraba;
 Con el deber luchaba
 Su pobre corazón.



JUNTA DE ANDALUCÍA

El tentador billete
 Leyendo en su delirio,
 Aumenta su martirio;
 Su acerbo padecer.
 Y los azules ojos
 Al firmamento alzandó,
 Auxilio demandando,
 Clamó llena de fé:

—«¡Oh grande Alláh que riges
 Con tu poder el mundo!
 Tú que mi afan profundo
 Puedes con tu clemencia benigno consolar,
 Oye desde tu cielo
 La mística plegaria,
 Que humilde y solitaria,
 El alma mia eleva llorando en su pesar.

Tú, ¡á quien adoran puras
 Las célicas huries,
 Que en verdes alhamies
 Bajo el granado eterno convidan al placer;
 Donde los justos gozan;
 Do no hay ni mal ni llanto;
 Inspirame Alláh santo,
 En esta inmensa lucha de amor y de deber.

¡Oh arcángeles que el curso
 Guiais de las estrellas! (2)
 De esas antorchas bellas
 Que el álmo trono alumbran del inmortal Señor!
 Por vuestro eterno brillo,
 Dad luz a la alma mía,
 Que sola en su agonía
 Entre tinieblas duda, sin fuerza ni valor.»

Tal dijo; y sobre el pecho
 Dobló la hermosa frente,
 Que besa blandamente
 La brisa matinal;
 Pues ya la luz del alba
 Las nieblas ahuyentando,
 Vá el monte colorando
 Con tenue claridad.

El día en ansia horrible
 Pasaron las tres horas;
 Sucédense las horas
 Con harta rapidéz;
 Las sombras adelantan,
 Esperan los donceles,
 Mas en sus pechos fíeles
 Al fin venció el deber.